

Los ojos redondos de Enrique

Héctor Jaramillo*



Cuando escucho su nombre, Enrique, me aparece una escena, siempre la misma. Entro por primera vez a su cuarto en su casa familiar. Enrique sentado (¿acostado?) en

su cama, con los pies en el suelo y la cabeza en una almohada contra la pared, leyendo. Ahora que lo pienso, esa posición en la cama leyendo, muy de él, haría complicado levantarse de un solo impulso, pero él lo hizo. En cuanto abrí su puerta, pasó de una persona acostada en la cama, leyendo, a una persona recibíendome de pie. Pienso en un colibrí, que dicen que levitan, pues las puras alas serían incapaces de sostenerlo en el aire. Sueno cursi, pero fíjense que no exagero. Al cuerpo de Enrique, fugitivo del ejercicio físico, lo impulsaba una fuerza que no era de masa, sino de ligereza. Reparo ahora en la ligereza de colibrí de Enrique, pero en aquel momento no vi su cuer-

po, solo su rostro encendido de gusto al verme, y de su rostro, sus ojos, sus pupilas pequeñas y profundamente redondas. “¡Héctor!” fue la palabra que usó de bienvenida.

Esta escena que cuento es para decirles que con su recibimiento me sentí importante, pero muy importante, pues me hizo sentir que mi presencia fue digna no solo de atenciones cordiales, sino de una celebración. Eso era estar con él. Enrique encontraba virtudes en mí, gracias que ni imaginaba que podía yo tener. Mucho —también ahora lo veo— de lo que he descubierto y que más me gusta de mi persona fue él quien lo descubrió y me lo hizo ver. Sus ojos redondos eran espejos que nos devolvían nuestra propia imagen enrique-cida. Para Enrique —usaré sin pensarla la palabra *todo*— todo era maravilloso. Entonces, saberme en su mente era saberme ciudadano honorario de su mundo de maravillas. René Acosta escribió este texto que copié y guardé y releo: “Enrique tuvo el don de hacer sentir a las personas especiales porque en realidad para él cada per-

Fecha de
recepción:
2020-08-01

Fecha de
aceptación:
2020-08-11

DO
SSI
ER

44

* Fotógrafo y ensayista. Premio Chihuahua 2016.



Instituto
Chihuahuense
de la Cultura

SECRETARÍA DE
CULTURA Y DEPORTE

sona era única. Para cada quien tenía un nombre especial o un nombre en 'servíneo clásico'. Y no me cabe duda de que él sabía valorar la unicidad de cada uno de sus amigos y amigas. Sabía amar a la manera borgiana que decía: 'amar es distinguir la unicidad del ser amado'. Se daba completa y abundantemente. Es increíble ver la cantidad de amistades tocadas por el corazón de Enrique...". Les he hablado desde mi personal experiencia buscando comprender la magnitud del legado que Enrique nos deja. Ahora me queda claro que esos mil y un idiomas los aprendió no por un interés académico, sino para echar lazos, los más que se pudiera, para tejer redes. Y más: no los aprendió para hablar, sino para escuchar. Para él, tener enfrente a una persona era tener un tesoro. Sus ojos abrían esas puertas profundamente redondas y el tesoro frente a él ya era suyo. Sí, estar con él era estar en él y en lo que él amaba. Su solidaridad por la gente desprotegida nació de ese amor: no podía dejar sin atención algo tan grandioso como un ser humano. Las armas con las que dotó a las personas que de un modo u otro percibió vulnerables nacieron de ese amor: nos hizo sabernos grandiosos, nos empujó al habernos mirado.

Me sorprende otro recuerdo, y con gran sorpresa: Enrique me lee una estrofa de San Juan de la Cruz, de sus poetas favoritos: "...ya bien puedes mirarme, después que me miraste, pues gracia y hermosura en mí dejaste", y veo ahora que esa estrofa le fascina-

ba porque, sin saberlo, lo describía. En los funerales escuché de una señora rarámuri las palabras con las que en su comunidad despiden a sus seres queridos. De ellas, una expresión me cimbró: dirigiéndose a Enrique, la señora le dijo: "fuiste parejo". Enrique fue parejo emparejándonos: haciéndonos ver lo asombrosos y únicos que somos.

Al vernos así, también nos enseñó a ver así. Su legado, más allá de su obra medible, fue dejar un ejemplo de amor hacia la vida y, sobre todo, un ejemplo de cómo amar la vida. Y un ejemplo vale más que mil libros. La obra medible de Enrique, profunda y necesaria, tiene el alcance limitado de la materia, pero su ejemplo hizo de Enrique un pedagogo que sembró miradas de amor en cada persona que tuvo el privilegio de estar frente a sus ojos. Esas semillas fructifican, y esas sí que están libres del rigor de la materia. Enrique vive en nosotros y su legado sigue expandiéndose.

Sirva este texto como testimonio de que la Utopía existe: uno de sus embajadores estuvo entre nosotros.

Junio de 2020.

(Ay, Enrique,
cómo te reirías leyendo esto).

